

## ÍNDICE

Prólogo. Fernando Puell de la Villa .....	7
Siglas y acrónimos .....	19
A modo de introducción .....	23
Capítulo 1. La aproximación (1927-1969) .....	27
Capítulo 2. Los primeros pasos en el mundo de los servicios de inteligencia (1969-1972) .....	41
Capítulo 3. El CESEDEN como entreacto (febrero 1973-septiembre 1974) .....	61
Capítulo 4. De mi vuelta al SECED a la muerte de Franco (septiembre 1974-noviembre 1975) .....	69
Capítulo 5. De la muerte de Franco al cese de Arias (diciembre 1975-julio 1976) .....	83
Capítulo 6. Del cese de Arias a la aprobación del referéndum (julio-diciembre 1976) .....	95
Capítulo 7. 1977: un año clave .....	117
Capítulo 8. En el Servicio de Información de la Guardia Civil (1978-1979) .....	141
Capítulo 9. Mi papel en la lucha contra ETA y en el 23-F (1980-1981) .....	155
Capítulo 10. Reflexiones y conferencias sobre ETA (1982-1986) .....	169
Capítulo 11. Añoranzas de Ceuta (1986-1988) .....	181
Capítulo 12. Burgos y «las otras cosas» (1988-1991) .....	187
Adenda final .....	201

Anexos documentales .....	203
1. Informe sobre la situación política, 1 de febrero de 1971 .....	205
2. Ante el cambio, junio de 1974 .....	208
3. El Servicio ante el momento, 5 de diciembre de 1975 .....	223
4. Manifiesto de la Junta Democrática de España, 29 de julio de 1974 ....	234
5. Informe sobre la Plataforma de Convergencia Democrática, julio de 1975 .....	237
6. El Servicio ante el momento actual, 24 de septiembre de 1976 .....	239
7. El SECED de cara al futuro, 28 de enero de 1977 .....	250
8. Situación actual del PCE, 2 de abril de 1977 .....	261
9. La legalización del PCE y su incidencia en las Fuerzas Armadas, 2 de abril de 1977 .....	267
10. Informe de situación para Marcelino Oreja, noviembre de 1980 .....	272
11. ETA y el problema vasco. Conferencia pronunciada en el Instituto de Cuestiones Internacionales, mayo de 1982 .....	282
12. El terrorismo como factor de desestabilización. Ponencia presentada en el Congreso de Sociología Militar Iberoamericano, septiembre 1985 .....	305
Índice onomástico .....	319

## CAPÍTULO 1

### LA APROXIMACIÓN (1927-1969)

Nací en Almería en el año 1927, en el seno de una familia burguesa, católica y de la derecha tradicional, y allí desperté a la conciencia crítica de mi entorno en los duros años de nuestra guerra civil. La niñez puede a la desgracia. Pese a la tragedia vivida, guardo de aquellos años una sensación gozosa. A mi tío Andrés, hermano de mi padre, diputado a Cortes por la CEDA, le asesinaron en agosto de 1936 y mi padre, detenido también por aquellas fechas y condenado a un año de trabajos forzados por un tribunal popular a principios de 1937, fue asesinado en Turón el 31 de mayo de 1938. De mi familia, estuvo en la cárcel hasta mi abuela, y mi abuelo Eduardo moriría en julio de este último año, dos días después de haber sido puesto en libertad.

Por aquellas fechas, con once años, tuve que utilizar un nombre supuesto, porque con el mío no me admitían en ninguna escuela. Como Andrés Pérez López asistí al colegio Ferrer Guardia, establecido en el desacralizado convento de los franciscanos, en cuya iglesia había una piscina que hacía nuestras delicias. Era un gran colegio. Recuerdo a don Anselmo, mi profesor, y a aquella silenciosa directora. Sin embargo, no pude examinarme de ingreso en el bachillerato, ¡porque esa imprescindible contar con el aval político de mi padre!

Me siguen todavía doliendo las lágrimas de mi madre, pero no me enseñó a odiar. Aquella doliente aceptación cristiana la he visto después, muchas veces, en familias vascas rotas por el terrorismo. El cristianismo es verdad, aunque a nuestro lado sintamos voces anunciando su desaparición. Nunca supe quién mató a mi padre, ni nunca me interesé por ello, ni nadie de mi entorno pretendió explicármelo.

Otros muchos españoles de mi generación, enfrentados por mitades, podrían contar una historia similar. Lo indudable es que mi visión del problema español, desde entonces, no es neutral. Aun ahora siento muy poco respeto por la legalidad republicana, que no vi por ningún lado en el entorno en que me moví de niño. A lo que sí llego es a considerar que ninguno tenía toda la

razón; a no explicarme el viento de locura que llevó, a ambas partes, al propósito de arreglarlo todo matando a la otra mitad. Lo que pasó en 1936 se incubó años atrás. En 1934 se había sublevado la izquierda y recuerdo a los soldados protegiendo el parvulario donde asistía a clase. Pesada historia que quisiera no recordar y más aún no haberla vivido, pero que se enroscó a nuestras vidas bien pronto. Yo estaba en una parte. En ella nací y todos hicieron lo posible para que continuara en ella.

Entre octubre de 1939 y enero de 1940, aprobé ingreso, primero y segundo de bachillerato en el Instituto de Almería (entonces solo había uno) y, en febrero, inicié tercero. Era un magnífico Instituto. De sus profesores destacaría a Celia Viñas. Al puñado de sus antiguos alumnos que aún vivimos nos pasa siempre igual cuando nos encontramos: a nuestros noventa años, seguimos hablando de ella pese a que murió bien pronto. Gracias a doña Celia me río ahora de tanto empeño como se pone para ensalzar a García Lorca, porque en los años cuarenta estaba vivo en nuestras clases, de su mano, con Tagore, con Wilde, con Juan Ramón y con Machado.

¿Recuerdas aquella poesía de Federico, la del ansia desbocada por alcanzar Córdoba? Juraría que contigo, Celia, hablamos de que el barranco donde fue asesinado estaba en el camino a Córdoba y que así hice síntesis de dolor y rabia por la muerte del poeta desde mi propia orilla. No sé cómo no acabé licenciándome en Filosofía y Letras; puede que el maldito latín tuviera la culpa.

También coincidí en el Instituto con muchos de mis anteriores condiscípulos del colegio Ferrer Guardia, la mayoría hijos de guardias civiles, muy numerosos en aquel barrio, aunque entonces no lo supiera. Pero mi compañero de banca, mi amigo para toda la vida, era Pepe Fornovi, cuyo padre acababa de ser fusilado por las tropas de Franco que a mí me liberaron. Podría contar su historia. Igual a la mía, pero desde el otro lado del espejo, porque a su padre le condenaron a muerte y le fusilaron los míos en el verano de 1939, mientras yo me ufanaba con la victoria. No hace muchos años, en una bullanguera tertulia veraniega, Pepe se puso serio y nos contó su vida; sus largos años en el noviciado de los jesuitas, de donde salió unos días antes de la fecha de su ordenación sacerdotal. También me confesó que a uno de sus hijos le había puesto de nombre Andrés en recuerdo de nuestra amistad juvenil. Me dio miedo. En aquella amistad no había ningún intento moralizante, ni generosa concesión del huérfano de los vencedores. Yo era su amigo porque me daba la gana, sin ninguna trama secreta. Además, lo sigo siendo, aunque haga tanto

tiempo que no nos veamos. Esa amistad me ha acompañado toda la vida y me enseñó, desde aquel lejano 1940, que es posible la convivencia y el entendimiento entre tantas historias desgarradas, vividas por los españoles por mitades. La paz ha de ser obra de dos y solo es cierta por la elección libre de ambos. La paz de uno es solo sometimiento del otro.

Creo que vivía en paz con mi propia historia. Las penurias económicas, que pronto aparecieron en mi casa, porque las pensiones de viudedad se congelaron, me fueron llevando, cada vez más, al furgón de cola de los vencedores. Como es natural era «flecha», pero sin ninguna pasión, puesto que carecía de cualquier pasión política<sup>1</sup>. Germanófilo tibio, admiraba a De Gaulle, sin saber demasiado de lo uno o de lo otro. Supongo que no pasaba de ser un muchacho bueno, en el que empezaba a despuntar la vocación militar henchida de sueños heroicos. Se afianzó en mí la afición a la lectura, extensa y dispersa, sin método alguno, de la *Jerusalén liberada* de Torquato Tasso —por poner un ejemplo real y absurdo— a los españoles de la Generación del 98. Ya en la guerra había devorado las novelas de aventuras de Verne, Salgari y Karl May y la serie policiaca de detectives ingleses y americanos.

Leer no era tan difícil ni tan caro. Recuerdo que había una revista semanal, titulada *Novelas y Cuentos*, publicada en mal papel y con peor letra, que valía 30 céntimos de peseta y que se vendía en los quioscos<sup>2</sup>. Leer era mucho más barato que ir al cine.

Ingresé en la Academia General Militar de Zaragoza en 1945, a caballo entre la rendición de Alemania y la del Japón. La Academia no añadió nada a mis planteamientos ideológicos. En el Ejército existía lo que ahora llamaría el «franquismo militar», ajeno a las raíces políticas del sistema establecido y a las raíces económicas del «franquismo sociológico», que aparecería más tarde. Eran excepción los cadetes procedentes de los cuadros del Frente de Juventudes de Falange. El franquismo militar era el orgullo de la victoria y la lealtad al Caudillo. La Patria, la Nación, el Estado y el sistema político se presentaban en una sola

<sup>1</sup> Se daba el nombre de «flecha» a los chicos de entre diez y trece años afiliados al Frente de Juventudes de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, cuya actividad más destacada era la organización de campamentos de verano y actividades deportivas.

<sup>2</sup> La revista literaria *Novelas y Cuentos* llegó a publicar 1.842 números entre 1929 y 1966, cuyo catálogo ha publicado recientemente el CSIC, alcanzando algunos de ellos una tirada de 60.000 ejemplares. La mayoría de sus títulos no formaban parte de lo que puede considerarse «literatura popular», sino obras que hoy son consideradas de culto, como *Vuelo nocturno* de Antoine de Saint-Exupéry o *La guerra de los mundos* de H. G. Wells.

síntesis que no interesaba analizar. La Historia que habíamos estudiado era una historia bélica, de batalla en batalla y de rey en rey. Todo muy simple y muy sencillo. Vivíamos y pensábamos en un espléndido aislamiento.

Allí convivíamos los retoños del bando vencedor con algunos de los hijos de los vencidos. Recuerdo, solo en mi compañía, al hijo del coronel José Franco Mussió, director de la Fábrica de Trubia en 1936, que permaneció leal a la República, entregó los fusiles allí depositados a los milicianos y fue fusilado por ello en 1937; al del coronel Antonio Camacho Benítez, jefe de la Base Aérea de Getafe en 1936, que llegó a mandar la fuerza aérea del Ejército del Centro republicano y que entonces permanecía exiliado en México; al del coronel Segismundo Casado, que pidió la baja antes de finalizar el primer curso; al del comandante de la Guardia Civil José Rodríguez-Medel, que fue asesinado en Pamplona por uno de sus subordinados, tras anunciar a Mola su propósito de obedecer las órdenes del director general de su Cuerpo, y seguro que había algunos más en las otras compañías, pero con los que he citado conviví dos años. En aquellos tiempos no me preocupé de lo que pensaban ni me preocupaban sus orígenes. Una pacífica neutralidad regulaba las relaciones entre todos, que se establecían, como suele ser habitual, por las afinidades normales entre compañeros. Saber algo de la vida de sus padres no pasaba de ser una anécdota sin significado.

En Melilla, en 1949, ser teniente de Regulares y llevar detrás una sección de aquellos magníficos soldados constituía para mí una profunda satisfacción. Durante casi cinco años fui un teniente serio, apartado de la bullanga jaranera, jugador de ajedrez en el Casino Militar, lector continuo, recién casado y estudiante para preparar el ingreso en la Escuela de Estado Mayor. No me preguntan nada del tema político, porque vivía aislado, totalmente contento de mi ombligo. La pequeña biblioteca del Casino Militar estaba llena de novelas de Pierre Loti y de Pierre Benoit, buen pasto para el oficial colonial en que me había convertido. Destacamentos en el Rif, en Tensaman; patrullas por el valle del Amekran abajo, donde se gestó el desastre de Annual de 1921, del que había oído hablar a mi padre. Los poblados moros; las blancas chilabas acudiendo a la oración de los viernes; el rito del té; las largas conversaciones con soldados y caídas; el feudalismo plasmado en el palacio de Abdelkader, contiguo a mi cuartel, sito cerca del Zoco el Had, en el arrabal de Beni-Chiker.

También el contacto con el recluta. Un 80 por ciento de analfabetos, de los que la mitad jamás habían pisado una escuela y los otros jamás habían leído

un libro; estos últimos capaces de la operación mecánica de la lectura, pero cerrados a la comprensión de cualquier línea escrita. Profesor de analfabetos e instructor de reclutas. ¿Con qué enseñar a leer a aquellos soldados, muchas veces descalzos? «Compraros cualquier libro para leer —les decía—, me da igual, todos sirven». La misma respuesta de todos los reclutas, con distintas variantes del mismo texto: cómo escribir una carta a la novia. Y allí me tenían, leyendo ternezas y más ternezas. Menos mal que había muchos modelos diferentes.

Un día, un soldado analfabeto me dio una lección que tengo grabada a fuego. Hablaba yo del patriotismo y hablaba de la historia común a los que no conocían ninguna historia; del territorio compartido, a quienes no habían salido de su pueblo, y de una empresa común a los que no tenían trabajo. Lechuga, un cordobés, pastor reseco y retorcido, se levantó y me preguntó: «¿Por qué no dice usted, mi teniente, que la Patria es también la Seguridad Social?».

Te entiendo, soldadito. El tontorrón de tu teniente no sabe nada de nada, solo lo aprendido en los libros. Ya dijo el Evangelio que los pequeños y los débiles confunden a los poderosos. ¿En qué has tocado hasta ahora la solidaridad? Hambre de pan, de ropa, de cultura, de entendimiento. Hambre de saber escribir una carta de amor. Pobre, pobrísimo, misérrimo. La Seguridad Social como primera solidaridad sentida. Pues sí, Lechuga, eso es Patria, no lo que se aprende en los libros. Menos mal que el ministro Solís nunca se enteró de esta historia.

Ingresé en la Escuela de Estado Mayor y me trasladé a Madrid. Casado, padre ya de dos hijos, vivía en la Residencia de Oficiales de la Escuela, en la calle de Santa Cruz de Marcenado, a espaldas del ICADE, mientras mi mujer se quedaba en Almería con sus padres y nuestros hijos; mi sueldo no daba para alquilar un piso. También ayudaba a mi madre, cuya pensión de viuda de un comandante, congelada en 500 pesetas mensuales, le había forzado a desprenderse de su parco patrimonio. Nunca me he sentido receptor de privilegio alguno por mi condición de militar. Duros años; cuatro larguísimos años separado de los míos. Al final, cuando el trabajo ya no era mucho, aprendí inglés como terapia, para no caer en la desesperación de la soledad. Pero eso fue en tercer curso; los anteriores eran de una actividad incesante, de horas y más horas de trabajo, que acaban desarrollando en el alumno una desaforada capacidad, que terminará aplicando a lo largo de la vida, muchas veces sin una

meta definida. El Estado Mayor acaba siendo así, y estoy convencido de que su Escuela así lo perseguía.

La crisis de Suez y la rebelión húngara del otoño de 1956. Y en febrero, un estudiante herido en Argüelles, muy cerca de la Escuela; años antes, noticias de una huelga de uso de tranvías en Barcelona. Acontecimientos todos externos a mi persona, que parecían suceder a miles de kilómetros. No eran mi tema. Conocí, en cambio, los barrios de chabolas de Madrid de la mano de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Lo social, para mí, no pasaba de esa mansa caridad cristiana que no conocía aún la rebeldía.

Cuando terminé mis estudios en la Escuela de Estado Mayor, marché destinado a Lérida. Dos años en el Estado Mayor de una División de Montaña. Allí, a través de los Cursillos de Cristiandad, entré en contacto con otro mundo: el de la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC), el de los curas rebeldes y las encíclicas papales empleadas como proyectiles. No sentí ningún rechazo lingüístico ni nacionalista, pero comencé a detectar la hostilidad de los que me identificaban con la situación política del país. Fueron años tranquilos, que empezaron con tres hijos y acabaron con el cuarto en el mundo, recomponiendo la unidad familiar después de cuatro años separados. Había marchado a Lérida lleno de prejuicios y había encontrado unas gentes entrañables.

Un día, desde la Capitanía General de Barcelona, pidieron el nombre de un oficial que supiera inglés para marchar agregado a una unidad estadounidense destacada en la República Federal Alemana. El único que tenía reconocido el «posee» de ese idioma en la División era yo, así que me designaron y, a finales de octubre de 1960, me presentaba en el 30 Regimiento de Infantería del Ejército de los Estados Unidos, acuartelado en Schweinfurt, a medio camino entre Fráncfort y Núremberg.

Aquel viaje tuvo un prólogo imprevisto. Antes de acudir al Palacio de Buenavista para tramitar mi desplazamiento a Alemania en el Estado Mayor del Ejército, entré en una peluquería situada en un entresuelo de la calle del Almirante, cerca de la sede de la ONCE. Junto a mi sillón, el maestro Joaquín Rodrigo ocupaba otro.

Fíguro condujo el interrogatorio, mientras nuestro genial músico iba hilvanando las incidencias y las emociones del estreno en París de su Concierto de Aranjuez. Ya no recuerdo quién era el guitarrista, ni el nombre de la orquesta

que lo acompañaba, ¿qué más da después de tantos años? Pero conservo la imagen del maestro echando la cabeza atrás y entornando los ojos mientras hablaba, como haría cualquier vidente al evocar un recuerdo gozoso. Juraría que, en aquel momento, sus ojos, radiantes, estaban vivos.

Treinta años más tarde, Burgos le dio un homenaje en la catedral y, ante sus nietas, que estaban perplejas, vestido con mi uniforme de capitán general, le di las gracias al maestro por aquella hora deliciosa mientras me cortaban el pelo, me lavaban la cabeza y me hacían no sé cuántas cosas más, porque no me levanté de mi sillón hasta que él lo hizo.

En Alemania encontré un ejército distinto, otra lengua y otro paisaje. Realmente, todos los ejércitos del mundo son muy parecidos; en todos, el corte de pelo y la limpieza de las botas constituyen uno de los principios fundamentales de la guerra, y los yanquis también se las limpiaban restregándoselas contra la parte posterior de los pantalones. Muchas salidas de maniobras al campo, con frecuentes estancias en los antiguos campamentos de instrucción de la Wehrmacht, en Grafenwehr (donde se instruyó la División Azul) y en Hohenfelds. Envidiaba aquella facilidad para instruir a las unidades, que no había visto jamás, porque nuestra peor pobreza no era la falta de equipos, sino la de no poder instruir a nuestros soldados con el mejor empleo de lo poco que teníamos. Muy buenos profesionales, sin poder distinguir entre los oficiales procedentes de West Point de los que procedían de otros sistemas. Al principio, unos dolores de cabeza tremendos con el inglés, que resolví forzando la máquina y asistiendo a las clases de bachillerato para los soldados. Eran clases curiosas: unos dedicados con pasión a dormir la siesta y otros perseguidores ávidos de la cultura, todos ante las miradas pasivas de los profesores.

Mi comisión de servicio partía de una base falsa. Habíamos introducido en el Ejército la organización pentómica, copiada de la estadounidense, y me enviaron para conocer, *in situ*, sus posibilidades<sup>3</sup>. Pues bien, cuando llegué a Alemania ya la estaban abandonando, cosa que también hicimos nosotros bien

---

<sup>3</sup> El objetivo de la llamada «doctrina pentómica», implantada en Estados Unidos en 1956, era dispersar las unidades en el campo de batalla y minimizar su tiempo de concentración y despliegue, a fin de evitar que fuesen destruidas en sus bases de partida por un arma nuclear táctica. En España, por influencia estadounidense, se organizaron tres divisiones de este tipo en 1958 y otras nueve, cuatro de ellas de montaña, en 1960. Sin embargo, en 1965, a imitación de Francia, se recuperó la organización ternaria, articulando las unidades en dos grandes conjuntos operativos: Fuerzas de Intervención Inmediata y Fuerzas de Defensa Operativa del Territorio.

pronto. De todas formas, el contacto profesional y humano fue, para mí, muy enriquecedor.

Unidades ricas en medios, si se las comparaba con las nuestras, pero con limitaciones en el consumo de carburantes y en las disponibilidades de hombres. Se sucedían las alarmas y la salida de estampida a la frontera con la República Democrática Alemana, donde permanecíamos dos o tres días avanzando, retrocediendo o fortificándonos. El paisaje distinto me desorientaba. Estoy acostumbrado a orientarme por la forma de las montañas visibles y así deducir mi situación en el plano. Pero allí todas las colinas eran iguales; todos los arroyos, semejantes. Hasta que descubrí que los linderos de los bosquecillos estaban perfectamente delimitados en los planos topográficos, no di con la forma de orientarme. El frío era húmedo y el bosque olía a vegetación podrida, muy distinto del fragante monte mediterráneo al que estaba acostumbrado.

Mi Regimiento participó en dos maniobras con la Bundeswehr, una en Hammelburg con su Academia de Infantería, y otra en Ratisbona, junto al Danubio. La sorpresa de los oficiales alemanes al encontrarse allí con un colega español se trocaba enseguida en una cariñosa acogida.

Cuando pudo ir mi mujer a Alemania (ya teníamos cuatro hijos), alquilamos una buhardilla en un pequeño pueblo próximo a Schweinfurt. La mañana la vivía en un ambiente estadounidense y la tarde, en uno alemán. Los fines de semana hacíamos turismo y cogíamos el tren para visitar Bamberg, Wurzburg o Múnich. Fueron unas vacaciones espléndidas, redondeándose así el interés profesional de la comisión de servicio.

Pasear por la calle vestido de capitán español daba origen a divertidos equívocos, sobre todo cuando se celebró el Carnaval. También la celosa y cortés policía alemana me tomó una vez por oficial ruso, dada su dificultad para identificar mi uniforme y despistada por las estrellas de cinco puntas que llevaba en el cuello como distintivo de mi diploma de Estado Mayor.

Los dos cuarteles de Schweinfurt recibían nombres distintos, uno en alemán y otro en inglés: Ledward y Conn Barracks para los estadounidenses e Infanterie y Panzer Casernes para los alemanes. Pero en ambos, había un sencillo monumento y unas flores por fuera de la verja en memoria de los alemanes muertos durante la Segunda Guerra Mundial y, por la parte de dentro de ella y al pie del mástil de la bandera de los Estados Unidos, otro en memoria de sus propios muertos. Los dos antiguos contendientes honraban en paz a los suyos.

La Sala de Banderas, es decir, el lugar donde se reúne la oficialidad en su tiempo libre, respondía a un concepto distinto del nuestro. Yo estaba acostumbrado a que estuviera decorada con estampas del cabo Noval, gritando «¡Tirad hacia mí que aquí están los moros!», o de Eloy Gonzalo, con su tea y su bidón de petróleo. Nosotros exaltamos nuestro propio sacrificio, recordando hasta qué extremos heroicos ha de llegar el cumplimiento del deber. Pues bien, en la Sala de Banderas del 30 Regimiento, lo que había eran fotografías de los alemanes muertos en las trincheras asaltadas por sus soldados durante las dos guerras mundiales. Aquello parecía decir al visitante: aquí puedes ver nuestra eficacia.

Intenté encontrar algún rastro de nuestra Guerra de Cuba, pero solo encontré, escondido, el grabado de un teniente de Infantería avanzando a pie hacia una de las trincheras que rodeaban la aldea de Caney. Una leyenda a su pie elogiaba la conducta de aquel oficial, descubridor del fuego marchando de las ametralladoras frente a los españoles.

Hice buenos amigos entre los oficiales estadounidenses, algunos de los cuales me visitaron años después en España y a otros los volví a ver cuando hice un curso en Fort Bragg. Me despedí del 30 Regimiento con un grato sabor y un voluminoso informe, centrado, fundamentalmente, en los sistemas de mando y coordinación de las pequeñas unidades.

Nada más regresar a España fui destinado como profesor a la Academia de Infantería. En Toledo, la vida ajetreada de la Academia. Ayudante del Batallón de Cadetes, clases, marchas, ejercicios tácticos... Recuerdo que me había suscrito al diario *Ya* durante mi estancia en Alemania y que mantuve la suscripción al volver. También recibía la revista *Nuestro Tiempo*, editada por la Facultad de Periodismo de la Universidad de Navarra, abierta a los grandes temas culturales y políticos, pero sin referencia alguna a los temas concretos de la situación española y mucho menos a la dialéctica que se abriría más tarde.

Poco trascendía a comienzos de los años sesenta de lo que se cocía en España. No sé cuántos se enteraban de las actividades de la oposición democrática. En mí no hay recuerdo alguno, tendría que recurrir a los libros o a las historias escritas posteriormente. Creo que los españoles, mayoritariamente, no éramos testigos de nosotros mismos; felices y aturdidos si acaso. Mi generación había sido machacada durante la posguerra y volvería a serlo en la Transición, en un paso galopante del demasiado joven al demasiado

viejo, sin los apetecibles pasos intermedios. Los de mi quinta hemos vencido muy poco.

En Toledo no había actividad industrial que permitiera la formación de un movimiento obrero. Las disputas entre el cardenal primado, Enrique Pla y Deniel, y el ministro secretario general del Movimiento, José Solís Ruiz, las he conocido mucho después, como algo que entra en el terreno de la erudición y no como recuerdo vital. Los curas de Toledo, o al menos los que yo conocí, eran más moderados que los de Lérida; los primeros acabaron en obispos y los segundos, secularizados. Daba clases de inglés en una escuela parroquial y me integraba en el movimiento apostólico familiar, al que de vez en cuando llegaban ecos de las alteraciones estudiantiles de Madrid. Esos eran mis contactos exteriores; el resto era el mundo cerrado de mi profesión.

Así los años pasaban plácidos, ajustados a un sueldo que me permitía ir al cine una vez por semana y a cenar en una tasca una vez al año. Los esquemas se rompieron poco después con mi marcha a Estados Unidos para seguir un curso de contrasubversión y contraguerrillas en la Escuela de Contrainsurgencia de Fort Bragg. No sé; he leído tantas veces en los periódicos españoles que allí coincidieron conmigo todos los dictadores latinoamericanos, que casi me lo creo, o casi sería imposible refutarlo. Pero no es verdad. Aquella Escuela no la dirigía la CIA, sino el Ejército, y basta conocer los celos y las disputas entre los distintos servicios de inteligencia en cualquier parte del mundo para rechazar una dirección oculta. Había alumnos de todos los países europeos occidentales, de algunos latinoamericanos, además de abisinios, coreanos, libios, paquistaníes, tailandeses, survietnamitas y tunecinos. Un muestrario generalizado, con sus barreras interiores, en el que era difícil entrar. En plena Guerra de Vietnam, los instructores nos explicaban, concienzudamente, lo que había que hacer, aunque quedara flotando en el aire la duda de si los militares estadounidenses hacían precisamente eso.

La raíz profunda que latía bajo cada insurrección era la primacía de los aspectos políticos sobre los puramente operativos y la necesidad de la «idea», como arma principal, en una guerra en la que era más necesario saber qué se defendía que la forma técnica en que había de combatirse. Pura ortodoxia exenta de cualquier truculencia.

Un curso de tres meses de duración no daba para profundizar mucho, pero a nosotros se nos facilitaban los textos originales, desde el Manifiesto